

BAJO EL SIGNO DE ROBERTO BOLAÑO

APROXIMACIONES CRÍTICAS A SU VIDA Y OBRA



Luis Alejandro Acevedo Zapata
Marco Antonio Chavarín González
Marlon Martínez Vela
Mario Javier Bogarín Quintana
Coordinadores

EDITORIAL ARTIFICIOS

Luis Alejandro Acevedo Zapata
Marco Antonio Chavarín González
Marlon Martínez Vela
Mario Javier Bogarín Quintana
Coordinadores

BAJO EL SIGNO DE ROBERTO BOLAÑO

APROXIMACIONES CRÍTICAS
A SU VIDA Y OBRA

ARTIFICIOS UNIVERSIDAD

Esta publicación ha sido arbitrada por pares académicos y es producto de un proyecto de investigación colaborativo entre los Cuerpos Académicos PRODEP “Innovación Educativa” (CA-UABC-152) y “Teorías Generales del Arte y Desarrollo de Proyectos” (CA-UABC-212), adscritos a la Universidad Autónoma de Baja California.

©Luis Alejandro Acevedo Zapata, Marco Antonio Chavarín González, Marlon Martínez Vela y Mario Javier Bogarín Quintana

Primera edición: Diciembre de 2025

D.R. ©Editorial Artificios

ISBN: 978-1-947921-96-2

Diseño editorial y edición: EC Ediciones

(Una primera revisión de la obra fue realizada por Luz Carmina Ortiz Márquez)

Diseño de portada: Ashmita Chatterjee (realizada a partir de las primeras versiones propuestas por Paula Díaz Rodríguez y Víctor Aguilar)

Impreso y hecho en México

Prohibida su reproducción por cualquier medio mecánico o electrónico sin la autorización escrita del editor.

Luis Alejandro Acevedo Zapata
Marco Antonio Chavarín González
Marlon Martínez Vela
Mario Javier Bogarín Quintana
Coordinadores

BAJO EL SIGNO DE ROBERTO BOLAÑO

APROXIMACIONES CRÍTICAS
A SU VIDA Y OBRA



ÍNDICE

Introducción. Hacerle caso a San Roberto de Troya.....7 <i>Luis Alejandro Acevedo Zapata, Marco Antonio Chavarín González, Marlon Martínez Vela y Mario Javier Bogarín Quintana</i>	
Los intertextos salvajes. Bolaño y sus fuentes detectivescas 25 <i>Juan Campesino</i>	
Infrarrealismo y lirismo prosaico en la primera poesía de Roberto Bolaño 79 <i>Florence Olivier</i>	
El agujero negro de 2666: disolución espacio-temporal en Santa Teresa 107 <i>Lisa Viviani</i>	
El poder de la ficción en “El gaucho insufrible” de Roberto Bolaño y “El nuevo” y “El cacomixtle” de David Toscana 147 <i>Marlon Martínez Vela</i>	
Polifonía/polifemia: complicidad, comunicación y comunidad autor-lector en Bolaño 171 <i>Zofia Grzesiak</i>	
Bolaño en busca del autor 199 <i>Alejandro Palizada Sánchez</i>	
De “Músculos” a <i>Una novelita lumpen</i> , de Roberto Bolaño, una asimilación de lo popular 233 <i>Marco Antonio Chavarín González</i>	
Box, cruz y ventana: visualidades de Ulises Carrión y Roberto Bolaño 273 <i>Heriberto Yépez</i>	
Roberto Bolaño: escenario biobibliográfico 289 <i>Rubén Ángel Arias Rueda</i>	

Poética infrarrealista en <i>Los detectives salvajes</i>	325
<i>Beatriz González Iranzo</i>	
Tiempo muerto y aporía en <i>Amuleto</i> . Las paradojas de la madre de todos los mexicanos.....	347
<i>Mario Javier Bogarín Quintana</i>	
Las gafas de Bolaño.....	379
<i>Daniel Mesa Gancedo</i>	
La musa en el pudridero. Bolaño vs. Neruda	403
<i>Nibaldo Acero</i>	
Roberto Bolaño: la literatura de la supervivencia	427
<i>Mónica Maristáin</i>	
Roberto Bolaño o de la crítica idiota.....	437
<i>Roberto Rodríguez Reyes</i>	
La inminencia de lo ominoso en la narrativa de Roberto Bolaño	471
<i>Luis Alejandro Acevedo Zapata</i>	
Semblanza de autores.....	513

LAS GAFAS DE BOLAÑO

(ILUSIONES ÓPTICAS)

Daniel Mesa Gancedo¹

Para Ana Romeo, *in memoriam*

Para Salvador Planells

Para Violeta Planells Romeo

Para Pepa Romeo, por llevarme –también– a Blanes

I

Acercarse a Bolaño es un reto para el que hay que prepararse bien, con tiempo, y aguzando mucho la vista. He de excusarme, pues, porque en este caso, otros negocios urgentes me han obligado a conformarme con poder exponer algún vislumbre, apenas, algo que tal vez me redimiese de otros acercamientos panorámicos propios que ya no quiero repetir, “obra gruesa” (como diría tal vez Nicanor Parra) de un trabajo “profesoral”, sustanciado en textos para alguno de esos libros “esenciales” que tal vez nadie lee y pasan pronto a la sección de saldos de grandes almacenes, en los que se pretende resumir en 1500 caracteres (o sea unos cuantos tuits) textos como *Los detectives salvajes* o 2666.²

1. Universidad de Zaragoza.

2. Peter Boxall y José Carlos Mainer, eds., *1001 libros que hay que leer antes de morir* (Barcelona: Random House-Mondadori, 2006), entradas “Los detectives salvajes” y “2666”; Domingo Ródenas de Moya, ed., *100 escritores del siglo XX: Ámbito hispánico* (Barcelona: Ariel, 2008), entrada “Roberto Bolaño”.

2

También, en otro tiempo, creí ver, en algún rincón de la red hoy desaparecido u obturado, la continuación de un blog –para entonces ya bastante amortecido– de un escritor amerispánico, que contaba (otra vez) su peregrinación a Barcelona para encontrar a un Bolaño que ya estaba muerto (o solo de parranda): cité parcialmente esa crónica en otro libro *esencial* publicado posteriormente, y ahora asimismo amontonado en algún otro almacén, este más bien institucional y chico.³ Por algún azar, encontré nuevos *posts* de ese blog y van irresponsablemente adheridos a estas no menos irresponsables anotaciones.⁴

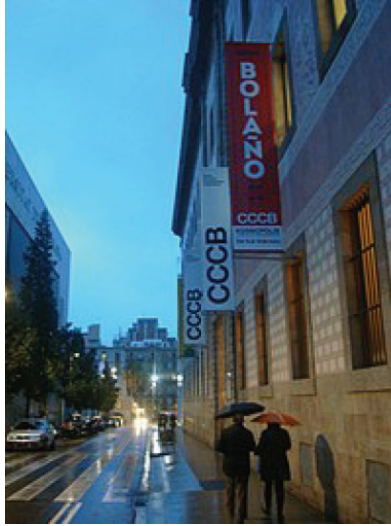
3

Quiero creer, entonces, que estas anotaciones –aún por escribir, por mucho que aquí quiera hacer creer lo contrario– podrían llevarnos –a mí y a cualquier fanático bolañesco– insospechadamente lejos. Estas notas tratan sobre un fetiche: las gafas de Bolaño;⁵ un fetiche, del que alguien me habló hace diez años justos, sin saber el alcance de sus palabras, a la vuelta de la exposición de homenaje a Bolaño que organizó el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.

3. Daniel Mesa Gancedo, ed., *Novísima relación: Narrativa amerispánica actual* (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2012).

4. Véase el apéndice final.

5. Aquí hay que advertir ya que Bolaño usará tanto la palabra española como la mexicana y chilena (anteojos o, preferiblemente, lentes). En *2666*, no obstante, solo usa “gafas”.



No sé si quedarán restos de esa exposición en algún lugar de la red,⁶ pero, de ser así, podrán verificar que allí se expusieron, en aquellos días, las gafas de Bolaño.



6. En realidad, sí lo sé. La información sobre la exposición se encuentra en “Archivo Bolaño, 1977-2003”, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, <https://www.cccb.org/es/exposiciones/ficha/archivo-bolano-1977-2003/41449>. Hay algún vídeo y muchas imágenes. De las gafas, solo una. Hubo también un catálogo: *Archivo Bolaño: 1977-2003* (Barcelona: CCCB-Diputació de Barcelona, 2013).

4

Por razones que no vienen hoy al caso, conozco al que fue dueño de la óptica de Blanes donde Bolaño compraba y se graduaba las gafas. (Soy discreto, y el dueño de esa óptica también lo es, así que no daré detalles, tan solo alguna pista para peregrinos.⁷ No es un tipo cualquiera: es generosísimo. Le gustan las motos, el arte y las lámparas; es pariente muy cercano de un casi secreto pintor surrealista, Àngel Planells –amigo de Dalí, sobre el que Bolaño escribió alguna vez–⁸ y es pariente también de un pastelero, Joan Planells, “de salud de hierro” –según el mismo Bolaño, que lo trató a menudo–⁹...).

5

De pronto, me doy cuenta de que conozco, entonces, al hombre que pudo mirar en alguna ocasión *dentro* de los ojos de Bolaño. Y me pregunto: ¿qué es lo que podría verse allí? ¿Optofobia?,¹⁰ ¿propensión a la anamorfosis?,¹¹ ¿solo oscuridad?, ¿quizá fosfenos?, ¿aquella dilatada *cornea* (*porta*)

7. A él –espero– no le importará: Óptica Planells, Plaça de la Verge Maria, 1, 17300 Blanes, Girona.

8. Roberto Bolaño, “El fantasma de Àngel Planells”, en *Entre paréntesis* (Barcelona: Anagrama, 2004), 130-131.

9. Bolaño, “Los pasteleros”, en *Entre paréntesis*, 111-112.

10. “¿Qué cree usted que es la optofobia?, dijo la directora. Opto, opto, algo relacionado con los ojos, híjole, ¿miedo a los ojos? Aún peor: miedo a abrir los ojos. En sentido figurado, eso contesta lo que me acaba de decir sobre la ginefobia. En sentido literal, produce trastornos violentos, pérdidas de conocimiento, alucinaciones visuales y auditivas y un comportamiento, por lo general, agresivo”. Roberto Bolaño, “La parte de los crímenes”, en *2666* (Barcelona: Anagrama, 2004), 478-479.

11. *DRAE on line*: “1. f. Pintura o dibujo que ofrece a la vista una imagen deforme y confusa, o regular y acabada, según desde donde se la mire”.

que tanto ha dado que hablar?,¹² ¿o bien un tempestuoso humor vítreo —o era más bien “vitriólico”—?¹³

6

A esa inquietante revelación, se sumó —para empujar mi delirio por estos derroteros— el recuerdo de una deuda: “Le debemos un hígado a Bolaño”, reclamó el ya citado Nicanor Parra, desde uno de sus artefactos (también muy reproducido).¹⁴



Con esa idea en la mente, para satisfacer esa ominosa deuda, alguien —y esta fue mi ominosa o esperanzada premonición hace años— pudo haber robado las gafas de Bolaño expuestas en aquel CCCB, en la última vitrina de

12. Desde el origen homérico: “Para los sueños leves existen tan sólo dos puertas: / hecha está de marfil una, y hecha de cuerno la otra. / Los que por el portal de marfil aserrado nos vienen, / nos engañan y nos traen palabras que nada nos dicen, / y los que por la puerta de cuerno pulido nos llegan / en verdades acaban, que son de quien los ha visto”. Homero, *Odisea*, trad. Fernando Gutiérrez (Barcelona: Planeta, 1980), 19.562-567. Para la tradición del tópico, basta ver, para empezar, “Gates of Horn and Ivory”, *Wikipedia*, https://en.wikipedia.org/wiki/Gates_of_horn_and_ivory.

13. Aquí, curiosamente, el *DRAE* no aclara la cosa, tan cristalina para cualquier hispanohablante (al menos si conoce, por ejemplo, el *María Moliner*: “2 Cástico, corrosivo. 2 *Corroer. *culto. Se usa también en sentido figurado: ‘Humor vitriólico’. 2 *Mordaz”).

14. Se pudo ver, por ejemplo, en la exposición *Nicanor Parra: Obras Públicas*, que la Biblioteca Nacional de España dedicó al antipoeta (Madrid, 30 de mayo de 2013 a 1 de septiembre de 2013), casi simultáneamente a la que exponía las gafas de Bolaño en Barcelona.

la última sala del laberinto organizado para homenajearlo, para museificarlo o musealizarlo (como han dicho algunos)¹⁵ o, sencillamente, para “transfigurarlo”.

7

Porque el ladrón –cualquiera– se habría dado cuenta de que las patillas de las gafas de Bolaño conservaban todavía esa película blanca, los residuos orgánicos del roce constante del objeto con la zona temporal de la cabeza de Bolaño.



Y pudo haber decidido clonarlo. Por un hígado, sí; no habría estado mal: que la ciencia se hubiera dado más prisa. Por amor. Por vicio, porque el ladrón –cualquiera– querría

15. Patricio Pron, “Bolaño en el museo”, *Letras Libres*, n.º 140 (mayo de 2013).

más de Bolaño, porque no le basta con todo lo que hay, y con todo lo que se supone que hay...¹⁶

8

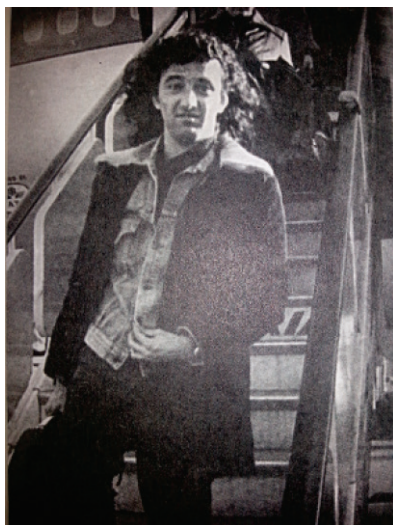
La idea de clonar un escritor puede parecer absurda, pero no es irrealizable: ya se intentó con Carlos Fuentes, como ha contado César Aira en *El congreso de literatura* (1997), de modo que nadie puede dudarlo. Remito a ese relato para hacerse cargo de los riesgos que una misión así comporta (derivados de un pequeño error de cálculo, que, clásicamente, produce monstruos). Solo diré que, con Bolaño, no obstante, los riesgos de intentar la clonación nunca podrán ser los mismos que con Fuentes, obviamente, porque –entre otras cosas– Bolaño no solía llevar corbatas (y menos de seda azul).¹⁷ Bolaño llevaba –casi siempre, pero no siempre– gafas.

9

El hombre que desembarcó en Barajas un día (al parecer) de enero de 1977 miraba, con ojos sorprendidos y rictus entre asqueado y desafiante, ligeramente al costado del objetivo que lo fotografiaba.

16.No es preciso hacer en este lugar un recuento de las (numerosas) publicaciones póstumas. El paso a Alfaguara de las ediciones de Bolaño, desde 2016, significó, en muchos casos, la adición de reproducciones facsimilares de algunos fragmentos, al final de cada volumen. Como complemento, en 2020 la misma editorial puso a disposición –temporalmente– en internet la reproducción de un cuadernillo inédito, con el título-lema: “Leamos a Bolaño. Un regalo inédito”, Alfaguara, 2020, <https://rialta.org/alfaguara-libera-ineditos-de-roberto-bolano/>.

17. Cfr. César Aira, *El congreso de literatura* (Barcelona: Tusquets Editores, 1997).



A lo mejor miraba a su madre o a su hermana, las dos únicas personas que podían estar esperándolo; miraría a la que no llevara la cámara en ese momento y aún no habría reconocido a la otra. Tal vez le sorprendió simplemente el hecho de que lo estuvieran esperando. O quizás miraba el rostro de algún “picoletto” (¿se entenderá esta palabra hoy?; seguramente él tampoco la conocía aún),¹⁸ un “picoletto” al acecho de indeseables, que estuviera de guardia aquel día en el aeropuerto, un “picoletto” con un rostro que tanto le recordaría rostros vistos en un centro de detención chileno, apenas cuatro años antes (de ahí el rictus).

18. *DRAE en línea*: “(Quizá der. de pico1, por alus. a los picos del tricorno de su uniforme.) 1. m. jerg. Esp. Miembro de la Guardia Civil. *Lo detuvo una pareja de picoletos*”. El DRAE de 2001 (23ª ed.) no lo incluye. CREA trae 3 ejemplos, el primero fechado en 1996.



O quizá solo miraba el principio de su futuro, el cemento de la pista o la fachada del edificio de un aeropuerto de poco tráfico internacional hasta hacía poco más de un año. El hombre que desembarcó en Barajas ese día de invierno, viniendo del verano, vestía un chaquetón oscuro de tres cuartos, sobre una chupa vaquera —¿la llamaría así él?¹⁹—, cuyo último botón parece ir abrochando —ya no era verano— con la mano izquierda. En la derecha, lo que parece un serio portafolios sustituía al morralito mexicano con el que se hizo fotografiar (y con la misma chupa, entonces más bien chamarra, o como luego él mismo escribirá “chaqueta de mezcilla”²⁰) en alguna cantina del DF un par de años atrás.

19. Muy probablemente no, no todavía, aunque era término vestimentario patrimonial en la Península: “(Del fr. *jupe,*y este del ár. clás. *ǧubbab*.) 1. f. Chaqueta, chaquetilla. 2. f. cazadora (chaqueta corta y ajustada a la cadera). 3. f. Prenda de vestir masculina que cubría el tronco, con faldillas de cintura para abajo y mangas ajustadas, que se llevaba generalmente debajo de la casaca”. En América, su significado, habitualmente, estaba asociado al alcohol... Y ya se sabe que Bolaño no bebía. Si la búsqueda telescópica que permiten hoy las ediciones digitales no engaña, Bolaño no usa nunca “chupa” en el citado sentido vestimentario.

20. “Dos días después apareció Arturo Belano por la editorial. Iba vestido con una chaqueta de mezcilla y con bluejeans”. Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes* (Barcelona: Anagrama, 1998), 207.



I O

El hombre que desembarcó en Barajas ese día se llamaba Roberto Bolaño Ávalos, o quizá Arturo Belano. No lo conocía nadie, y al poner por primera vez el pie en tierra española, no llevaba sus gafas.

I I

Esas gafas, “unas gafas horribles”,²¹ “unas gafas demasiado grandes, unas gafas asquerosas”,²² debió, Bolaño, de ganárselas –valga la expresión– *a pulso*, leyendo con un ojo y escribiendo con el otro, como dice uno de los *lapsus calami*

21. “Era Arturo Belano. Tenía entonces veintinueve años, era delgado, llevaba el pelo muy largo y usaba gafas, unas gafas horribles, aunque su miopía no era exagerada, apenas unas pocas dioptrías en cada ojo, pero las gafas igual eran horribles”. Bolaño, *Los detectives salvajes*, 147.

22. “Cuando pienso en él, además, lo único que veo es mi imagen congelada en su espejo retrovisor, todavía tengo el pelo largo, soy flaco, llevo una chaqueta de mezclilla y unas gafas demasiado grandes, unas gafas asquerosas”. Roberto Bolaño, “Gómez Palacio”, en *Putas asesinas* (Barcelona: Anagrama, 2001), 33.

antologados en 2666.²³ Pero no siempre las había llevado, ni las llevaría luego siempre.



I 2

Uno, entonces, puede preguntarse: ¿tienen alguna importancia las gafas para comprender la escritura de Bolaño? ¿Es preciso darse cuenta de que Bolaño llevaba –pero no

23. “Aunque a mí la frase que me gusta más es la de Auback -opinó la correctora. - Ése seguro que es alemán -dijo la secretaria. - Sí, la frase es buena: “con un ojo leía, con el otro escribía” no desentonaría en una biografía de Goethe -dijo el suizo”. Bolaño, 2666, 1058.

siempre— gafas? (Como uno de los personajes de los *Detectives* se da cuenta de que llevaba gafas *solo cuando se le caen*, y entonces ese personaje “se hizo temerario” y se atrevió a “taladrar la oscuridad” - Joaquín Font, p. 382).

I 3

¿Cuándo se le caían las gafas a Bolaño? ¿Las perdería alguna vez en alguna de esas peleas mexicanas que —según él mismo dice— siempre ganaba?²⁴ El puente de esas gafas, esas gafas que vimos en el CCCB hace unos años —marcado también por restos epidérmicos—, ¿se clavó alguna vez en su nariz?; ¿se manchó alguna vez de sangre?



24. “Nuestro Arturo Belano, queridos lectores, tiene ya cuarenta y seis años y está mal, como todos sabéis o deberíais saber; del hígado, del páncreas e incluso del colon, pero aún sabe boxear y sopesa con la mirada la figura voluminosa que tiene enfrente. Cuando vivió en México se peleó muchas veces y nunca perdió, lo que ahora le parece increíble”. Roberto Bolaño, “Muerte de Ulises”, en *El secreto del mal* (Barcelona: Anagrama, 2007), 167.

I 4

Pensemos, mejor, en otra cosa: ¿hay alguna *tendencia* en el cambio de gafas, sean estas chilenas (aunque esas, al parecer, no existieron), mexicanas (serían lentes o anteojos, entonces) o españolas? (Y en estas últimas, ¿cuál es la transición entre las gafas gerundenses, las gafas barcelonesas y las gafas blanenses?).



I 5

¿Podría decirnos su óptico algo al respecto? Tal vez nos hablaría de su resistencia al cambio; de su fobia, justamente, a las *tendencias*. Certificaría el gusto constante, quizá, por las “gafas demasiado grandes”, de aro fino (ya no tan horribles, ya no tan asquerosas) (unas “Senator 146”, con cristales

progresivos Essilor Initial²⁵ en los últimos años: esas, esas son las que alguien habrá robado –o pudo haber robado, *illo tempore*–). También nos diría que nunca se gastó *un duro* (esto quizá aún se entiende, quizá por poco tiempo)²⁶ en gafas de sol (no hay constancia), ni siquiera para ir al desierto de Sonora, aunque muchos de sus personajes sí que llevan siniestras “gafas negras” o “lentes negros”, con las cuales nunca sabe uno realmente, si lo están observando.²⁷

I 6

Porque (y con esto termino, por ahora) sospecho que Bolaño –en realidad, a lo mejor– no necesitaba gafas. Desde luego, no necesitaba gafas para filtrar la “sobra de luz” (que decía Sor Juana);²⁸ solo unas “polaroid” cuando estuvo postrado en la cama de un hospital, para mirar o soñar a las enfermeras, yendo y viniendo,²⁹ hablando quizá de Miguel Ángel (como observaba Eliot),³⁰ quizá de Eliot (como

25. Con 3,5 dioptrías de lejos y 2,25 de cerca en el ojo derecho; con 3,75 de lejos en el izquierdo –que, al parecer, no necesitaba corrección en proximidad–. Montadas el 18 de agosto de 2000, y pagadas a 28.185 pesetas (un poco menos de 180 €). Cf. archivo particular de la óptica Planells, Blanes.

26. El tiempo de las chupas y las gafas, era el tiempo de las pesetas y los duros. Pronto, todo cambiaría.

27. Hay muchos de esos lentes y muchas de esas gafas en Bolaño: “¿Y si ella, a su vez, me hubiera visto cada vez que me asomé al balcón? ¿Qué pensaría de mí? ¿Quién creería que soy? En ningún momento levantó la mirada, pero con esos lentes negros nadie sabe cuándo lo están observando y cuándo no [...]”. Roberto Bolaño, *El Tercer Reich* (Barcelona: Anagrama, 2010), 47. En 2666 casi todas las gafas son negras, y especialmente siniestras las de la diputada Azucena Esquivel Plata “la más-más, que pese a la oscuridad de la noche, y como si fuera la hija bastarda de Fidel Velázquez, cubría sus ojos con unas gafas negras, de montura negra y con patillas anchas y negras, similares a las que a veces se ponía Stevie Wonder y que suelen usar algunos ciegos para que los curiosos no les vean los globos oculares vacíos”. Bolaño, 2666, 729.

28. “con la sobra de luz queda más ciego”. Sor Juana Inés de la Cruz, “Primero sueño”, v. 499.

29. “Una estela de enfermeras emprenden el regreso a casa. Protegido / por mis polaroid las observo ir y volver. / Ellas están protegidas por el crepúsculo. [...]”. Roberto Bolaño, “Las enfermeras”, en *La Universidad Desconocida* (Barcelona: Anagrama, 2007), 390.

30. “In the room the women come and go / Talking of Michelangelo”. T. S. Eliot, “The Love Song of J. Alfred Prufrock”.

ironizó Cortázar),³¹ quizá de Cortázar (como recordaría, sin duda, Bolaño al ver esas enfermeras).³² O hablando, quizá, del propio Bolaño, obsesionado por el “florero sin fondo que contiene todos los crepúsculos, / todos los lentes negros, todos / los hospitales”.³³



31. “[...] en la Argentina íbamos y veníamos hablando de T. S. Eliot”. Julio Cortázar, “Tombeau de Mallarmé”, en *La vuelta al día en ochenta mundos* (Madrid: Debate, 1991), 256.

32. Basta pensar en el cuento cortazariano “La señorita Cora” (*Todos los fuegos el fuego*, 1966).

33. Roberto Bolaño, “Las enfermeras”, en *La Universidad Desconocida* (Barcelona: Anagrama, 2007), 390.

Pero Bolaño tampoco necesitaba gafas para ver en la oscuridad. Le bastaba —como a Huidobro,³⁴ como a Nietzsche³⁵— con abrir bien los ojos para mirar en el fondo de la noche, para mirar ese abismo que en cualquier momento podría devolverle la mirada. El fondo del florero sin fondo, en el cuarto del hospital:

—Una madrugada, en el bar La Estela, Pancho se lo quedó mirando fijo y descubrió que apenas pestañeaba. Se lo dijo y le preguntó por qué no hacía lo que el resto de los mortales. Gumaro respondió que cuando cerraba los ojos le entraba un dolor muy grande en la mente.

—¿Y cómo haces para dormir? —preguntó Pancho.

—Me duermo con los ojos abiertos y cuando ya estoy dormido los cierro.³⁶

Soné con detectives helados, detectives latinoamericanos que intentaban mantener los ojos abiertos en medio del sueño. [...] ³⁷

Saber que después de todo estás allí,
En la oscuridad. Sola y con los ojos abiertos. ³⁸

34. “Hombre con los ojos abiertos en la noche”. Vicente Huidobro, *Altazor*, Canto I, v. 432.

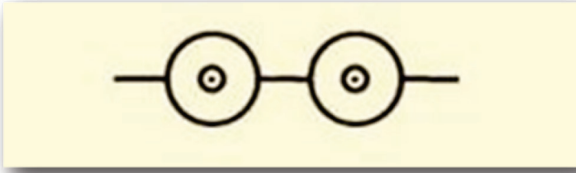
35. “El que lucha con los monstruos ha de tener cuidado de no convertirse también en monstruo. Cuando estás mucho tiempo mirando hacia un abismo, éste termina mirando también tu interior”. Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, trad. Francisco Javier Carretero Moreno (Madrid: Ediciones y Publicaciones Populares, 1984), afor. 146.

36. Roberto Bolaño, *Los sinsabores del verdadero policía* (Barcelona: Anagrama, 2011), 289.

37. Roberto Bolaño, “Los detectives helados”, en *La Universidad Desconocida* (Barcelona: Anagrama, 2007), 340.

38. Roberto Bolaño, “Ella reina sobre las destrucciones”, en *La Universidad Desconocida* (Barcelona: Anagrama, 2007), 358.

Y aquí debo parar, porque creo que estoy viendo gafas por todas partes, incluso donde otros solo veían mexicanos en tándem o en la cuerda floja.³⁹



Debo terminar sin hablar de la optofobia que antes mencioné (2666); tampoco de la anamorfosis, en su variante archimboldiana;⁴⁰ ni de los niños chinos que ven el interior de los cuerpos (“El contorno del ojo”⁴¹), ni de caleidoscopios (“Prosa del otoño en Gerona”⁴²); y no puedo fijarme en esos “ojos” de tinta que en sus manuscritos advierten de algo.



39. Bolaño, *Los detectives salvajes*, 455.

40. Cf. Raúl Rodríguez Freire, “Arcimboldo: La historia natural en 2666”, *Revista Chilena de Literatura*, n.º 92 (abril de 2016): 177-200.

41. Roberto Bolaño, “El contorno del ojo (Diario del oficial chino Chen Huo Deng, 1980)”, en *Cuentos completos* (Madrid: Alfaguara, 2018).

42. Bolaño, *La Universidad Desconocida*, 253 y ss.

Y apenas puedo mencionar los posibles ojos de hierro (los ojos de los héroes), ojos como los que crecen en un árbol que adorna la óptica de Blanes donde Bolaño compraba y graduaba sus gafas.



Esas gafas –demasiado expuestas, demasiado evidentes– que, por amor, por justicia o solamente por vicio, alguien habrá robado o intentará robar –allá donde se encuentren hoy en día– muy pronto.

La poesía entra en el sueño
como un buzo muerto
en el ojo de Dios.⁴³

43. Roberto Bolaño, “Resurrección”, en *La Universidad Desconocida*, 425.

APÉNDICE
ROBERTO PÁRAMO (ANAMORFOSIS DE
UN BLOG PERDIDO EN LA NUBE)

Pasad un lienzo —les dijo— por esos cristales, y si fuere el de la mortaja, mejor, quedarán más limpios del polvo apegadizo de la tierra, y mirad otro rato hacia el cielo.

Baltasar Gracián
El Criticón

Vine a Barcelona porque me dijeron que allí estaba Bolaño. Mi agente me lo dijo [*como si quisiera parecerse a mi madre*], mientras apretaba entre dos dedos el cheque de mi primera y última liquidación. Vete a Barcelona, me dijo, invítalo a una infusión, invítalo a un cigarro. Invítalo a un paseo y a un cigarro, y luego, si Bolaño llega a querer sentarse contigo, invítalo a un té con limón. Y cóbraselo caro. Si puedes. Exígele lo tuyo, lo que un gladiador manumitido como él les debe a sus iguales, a los que todavía os arrastráis por las sucias arenas de las letras. Exígele “respeto”.

[...]

Y yo se lo prometí, porque mi agente estaba por largarme sin entregarme el cheque, y yo estaba en un plan de creérmelo todo. Y se lo seguí prometiendo incluso cuando vi que el cheque apenas alcanzaba para tinta, y mi exagente había ya cerrado la puerta de la oficina. Seguía prometiéndoselo mientras me miraba en el espejo del ascensor y se me fue formando así un mundo alrededor de la ilusión de conocer a Bolaño. Por eso vine a Barcelona.

[...]

Pero al llegar resultó que Bolaño no vivía en Barcelona. En realidad, Bolaño hasta se había muerto antes de mi llegada. Lo supe en el camino: ¿estás yendo a Barcelona a conocer a Bolaño?, me dijo un escritor en la estación de autobuses. Pero si Bolaño ya se murió. Es que yo soy acreedor del respeto de Bolaño, y venía a cobrármelo. Sin reírse, me dijo: “acá ya todos somos acreedores de éstos” [*acreedores d’éstos*]. No dijo de “eso”, sino de “éstos”, y hasta noté la tilde; y, como no se ríe, ya mismo vi yo allí que ese escritor era un desilusionado [*un despreciado, tal vez*], era un fantasma casi.

[...]

En Barcelona estaban Vila Matas e Ignacio Echevarría [*y estaban, también, Fresán y Jorge Herralde; no sé si estaba Villoro, y, desde luego, no había llegado Pron*], voces y sombras. Los había leído ocasionalmente y había leído también algunas cosas que otros (o ellos mismos) habían escrito sobre ellos. Me dio miedo. Me daban miedo. Realmente temía encontrarme con Vila Matas y con Ignacio Echevarría [*y con Rodrigo Fresán y con Herralde; menos mal que nada podía temer todavía de Villoro y de Pron*] a la vuelta de la esquina, llamándome desde un umbral oscuro, pidiéndome que entrara en un edificio en ruinas, donde ellos vivían, atroz matrimonio de hermanos [*y Fresán de vecino y Herralde de conserje; y, a lo sumo, el ruido de las ruedas de las maletas de Villoro y de Pron, que quizá estaban llegando al edificio*]: “¿Respeto, dices? ¿Es eso lo que venías a buscar?”, pensé que me dirían, una vez seducido, en la penumbra boba de su casa de okupas. Pasé una noche solo en un hostel de la calle Hospital y al día siguiente volví a Sants y tomé el “rodalies” (¡qué pintoresco nombre!) hacia Blanes. Porque aquel escritor despreciado me había dicho que Bolaño hacía mucho

ya que dejó Barcelona y se había instalado en ese –juro que fueron sus palabras– enclave privilegiado de la Costa Brava.

[...]

Bolaño, me dijeron, ah, Roberto. Jugaba aquí o allá. Compraba medialunas (traduzco del catalán) en el Paseo del Mar y se arreglaba las gafas en tal sitio (porque esos comercios tenían que ver con un pintor antiguo, con el que Bolaño creyó cruzarse poco antes de su muerte –la del pintor–). Creo, por otra parte, que se refiere a ese sitio, esa óptica, en un texto en el que habla de los poderes mágicos de su hijo para acercarse a las puertas correderas de apertura automática logrando que *no se abrieran* porque el “ojo automático” era incapaz de detectarlo.⁴⁴ Esa óptica era la única que tenía una puerta así en las fechas del texto. Me entretuve, se ve, aquellos primeros días en leer a Bolaño y en preguntar por él, detalles tontos.

[...]

No sabía qué hacer. Ya conocía la calle del estudio sin calefacción; ya conocía la playa grano a grano. No hacía calor, había humedad, no vi mujeres en bikini y tampoco vi yonkis pinchándose en la arena. Pero un día, en un bar apartado del centro, escuché lo que hablaban dos tipos desaliñados con el camarero. Hablaban entre ellos, entre los dos tipos, pero sirviéndose del camarero como intermediario, y usaban unos motes extrañísimos, en castellano: “Dile a Lobo”, “Dile a Cordero”. Podían ser apellidos; podían ser apellidos latinoamericanos incluso. Tenían acento raro. Pero estuve seguro de que eran motes. Me pareció que dijeron “dile que en Alemania” y luego “dile que el desaparecido”. Era algo de otro tiempo, cuando Lobo y Cordero debieron de

44. En “No sé leer”, de *El secreto del mal*, 117 y ss., se trata de una panadería.

ser jóvenes. Al final se rieron, mirándose a los ojos. Todo aquello también me dio miedo.

[...]

Cogí otra vez el “rodalíes” (me gustaba la palabra y más cómo se distorsionaba en el eco de los andenes y en la aburrida densidad de los vagones) y luego el autobús y empecé a viajar y acabé en Salamanca a principios de octubre. Tenía mi título y mis libros (mis dos libros). Me matriculé en letras para hacer un doctorado. En un bar (siempre hay un bar), una falsa cantina mexicana, conocí a otros escritores, escritores latinoamericanos (aunque no todos) perdidos en el frío. “Nosotros también somos acreedores del respeto de Bolaño”, parecían pensar todo el rato, pero ya no me lo volvieron a repetir. Lo que sí me dijeron, muy quedito, como con la boca llena de un sabroso rencor, que tragaban con vino muy muy barato, era que, desde luego, claro, ellos eran, cómo no, los escritores *menores* a los que con tanto desdén (pero con tanta pena) se había referido Bolaño, desde la baranda de un puente como aquel que yo veía allá abajo, sobre un río menor que se llamaba Tormes (¡tremenda revelación!), como menor era el río que se los estaba llevando mientras Bolaño con tanta pena (y no tanto desdén) los miraba, ajustándose otra vez las gafas... Pero se había muerto y todas las deudas quedaron por pagar.

Morí como escritor después del sueño aquel que tuve en la calle Hospital de Barcelona (con Vila-Matas e Ignacio Echevarría [*y Herralde, leyendo un periódico atrasado, y Fresán, como un contable dickensiano, oculto tras columnas de libros y CDs, sorbiendo—quién lo sabe— un cafecito, tal vez una infusión que se olvidó Bolaño, al dejar Barcelona, creyendo ver por encima del último CD acercarse a Villoro y a Pron*]). Lo que vino después fue consecuencia del susto.

[...]

Luego tomé cervezas, tomé muchas cervezas. De botella y de barril: tubos (así decían) y botellines de colores, alineados como fósiles de una conversación, sobre una mesa en la que ya nadie apoyaba sus papeles. Jugué *volley* en los suburbios, cuando la bicicleta me llevaba por allí y tropezaba con grupos de sudacas que pasaban así sus domingos. No me atrevía a preguntar a ninguno si también escribían o escribieron. Ni siquiera me pareció que pudieran conocer a un tal Bolaño y mucho menos que se creyeran acreedores de su respeto.

[...]

Me pareció increíble, pero como en mi casa, aquí tampoco los ricos tenían tiempo de pasear sus perros: ése fue el último oficio de la lista precaria. *No dudes en iniciar una deriva hemingwayana, de auténtico sudaca; el léxico no importará: el acento te ayudará siempre.* Me relacioné con “gremios” (así decían). Vi sus casas por dentro (incluso recordé algo de Salamanca: “por de dentro” y lo dije alguna vez y creyeron que era típico sudaca). Serví tubos y tapas y vendí baratijas. Paseé, claro, perros, tan exóticamente. Y, al final, porque un día de sol me metí en un *drugstore* de libros y CDs, y escuché el tonillo de casa y era que estaba presentando su última obra un paisano, volví a pensar en letras y —por hacerla corta— me gané algún concurso y monté una academia.

BIBLIOGRAFÍA

- Aira, César. *El congreso de literatura*. Barcelona: Tusquets Editores, 1997.
 Bolaño, Roberto. *Archivo Bolaño 1977-2003*. Barcelona: CC-CB-Diputacio de Barcelona, 2013.
 ———. *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.

- . *Cuentos completos*. Madrid: Alfaguara, 2018.
- . *El secreto del mal*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- . *El Tercer Reich*. Barcelona: Anagrama, 2010.
- . *Entre paréntesis*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- . *La Universidad Desconocida*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- . *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- . *Los sinsabores del verdadero policía*. Barcelona: Anagrama, 2011.
- . *Putas asesinas*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Boxall, Peter, y José Carlos Mainer, eds. *1001 libros que hay que leer antes de morir*. Barcelona: Random House-Mondadori, 2006.
- Cortázar, Julio. *La vuelta al día en ochenta mundos*. Madrid: Debate, 1991.
- Eliot, T. S. *Collected Poems 1909-1962*. New York: Harcourt, Brace & World, 1963.
- Huidobro, Vicente. *Altazor*. Madrid: Cátedra, 1994.
- Mesa Gancedo, Daniel, ed. *Novísima relación: Narrativa amerispánica actual*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2012.
- Nietzsche, Friedrich. *Más allá del bien y del mal*. Traducido por Francisco Javier Carretero Moreno. Madrid: Ediciones y Publicaciones Populares, 1984.
- Pron, Patricio. “Bolaño en el museo”. *Letras Libres*, no. 140 (mayo de 2013).
- Rodríguez Freire, Raúl. “Arcimboldo: La historia natural en 2666”. *Revista Chilena de Literatura*, n.º 92 (abril de 2016): 177-200.
- Ródenas de Moya, Domingo, ed. *100 escritores del siglo XX: Ámbito hispánico*. Barcelona: Ariel, 2008.
- Sor Juana Inés de la Cruz. “Primero sueño”. En *Obras completas*, vol. 1, editado por Alfonso Méndez Plancarte. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1951.